

gloriosos que el de Mileto, y cada una de esas madres, tuvo también numerosas hijas entre las ciudades ribereñas del Mediterráneo. Las colonias del Oriente helénico poseían un punto de unión en la isla de Delos, donde se celebraban grandes fiestas religiosas desde tiempos inmemoriales y donde los Griegos occidentales, Atenienses y gentes de Chalcis, iban á reunirse con sus hermanos de las tribus emigradas<sup>1</sup>.

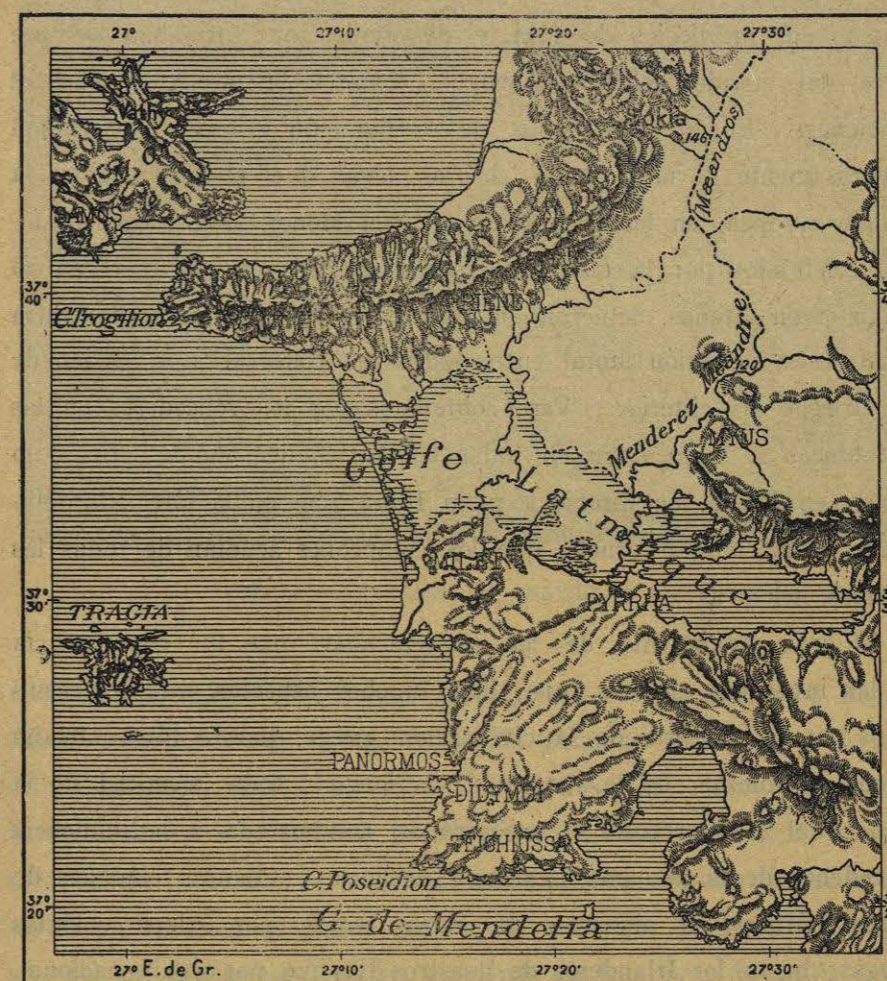
En sus exodos, los Griegos, siempre muy imaginativos, se complacían en dar, como razón de su desplazamiento, un oráculo del Apolo délfico, cuando en realidad las causas diversas eran de orden económico, social ó político. Odios de clases, rivalidades entre familias ambiciosas, insuficiencia de campos de cultivos, pérdida ó disminución de territorio, como ocurrió en ocasión de las invasiones dóricas, tales fueron las verdaderas razones determinantes de esas emigraciones. La más famosa de todas es la que dió nacimiento á las «doce ciudades jónicas» del Asia Menor, pero ¡cuántos otros enjambres se dirigieron hacia riberas lejanas desde la Tracia á Sicilia, y desde Sicilia á las puertas del Océano! El espíritu de imitación y la afición á las aventuras contribuyeron también en gran parte á ese movimiento de expansión de los Griegos; los jóvenes se decidían fácilmente á la expatriación, de tal modo les parecía el mar propicio á los viajes, y tan fácilmente entraba en el ánimo del Heleno la esperanza de un destino favorable. El oráculo consultado respondía naturalmente de conformidad con los deseos de los que á él se dirigían, y pronto huían los barcos hacia comarcas que apenas se conocían de otro modo que por narraciones fabulosas, pero donde se encontraban sitios análogos á los de la patria. ¿No se parecían los islotes de Masilia á los de Fócea, y la fuente de Aretusa que brotaba en la isla siracusana de Ortigia, no era una representación del río Alfeo? En todas partes podía reconstituirse una imagen del lugar natal, con su acrópolis, sus templos y sus altares forestales.

Las colonias filiales, fundadas todas por ciudadanos jóvenes y orgullosos, poseídos del sentimiento de su fuerza y de su superioridad sobre los «bárbaros», constituían comunidades completamente

<sup>1</sup> L. von Ranke, *Weltgeschichte*, I, 1, p. 173.

libres, casi siempre sin lazo de vasallaje hacia la madre patria, pero esa misma libertad las asociaba mucho más fuertemente al país de

N.º 163. Territorio de Mileto.



1: 500 000

0 5 10 15 20 25 Kil.

Sobre la vertiente sud del Mycale (Mycale, hoy Samsun), entre la montaña, el río y Priene, tuvo lugar en el año 479 antes de la era cristiana, la batalla naval y terrestre en que los Griegos, mandados por Xantipo, derrotaron á los Persas.

Mileto, Samos, Myus (Myonthe) y Priene, ciudades mencionadas en el mapa, son cuatro de las «doce ciudades jónicas». Las otras eran Efeso, Lebedos, Clasomenes, Eritrea, Kolofon, Fócea, Teos y Chios. Su centro religioso era el santuario de Poseidonia en Priene. La confederación, disuelta por Ciro, se formó nuevamente después de la conquista de Alejandro y persistió varios siglos; todavía se encuentra su nombre en una moneda de la época de Valeriano (siglo III).

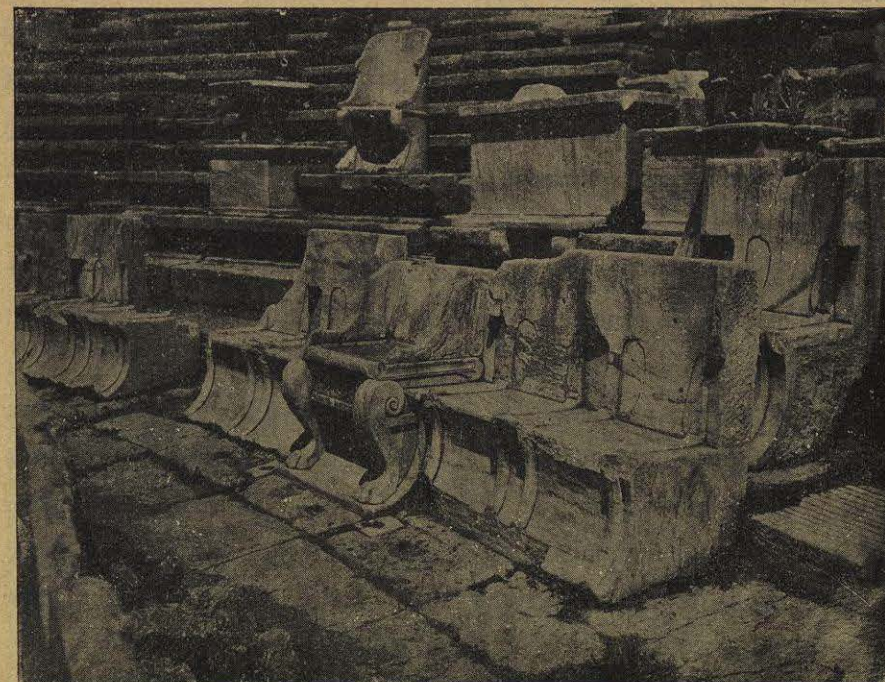
los antepasados por la simpatía y por la cultura de las tradiciones comunes. Guardada toda proporción, la situación era análoga á la



que une un Canadá, una Australia y una Nueva Zelanda á una Gran Bretaña. Aunque dispersas en toda la extensión del Mediterráneo, bajo climas diversos y en medios cuyas poblaciones diferían mucho por las costumbres y el idioma, los colonos griegos conservaban con empeño sus privilegios de raza y de civilización; formaban siempre parte del mundo helénico, y por el comercio mantenían frecuentes relaciones. En la gran época de la floración griega, se asociaban fervorosamente al movimiento de las ideas que se producía en la Hélade europea, en las islas y en el Asia Menor. Los juegos gímnicos, celebrados por la madre patria en Delfos, en Olimpia, en el Istmo y en Atenas, debieron en gran parte su extrema importancia como fiestas de unión moral entre todos los Helenos, á la pasión de los Griegos del exterior. Vasos obtenidos por los vencedores en las Panateneas se encuentran en todas las partes del mundo griego, lo mismo en Sicilia, en Cirenaica y en Italia, que en la Grecia propiamente dicha, lo que prueba que los campeones acudían de todas las colonias helénicas<sup>1</sup>.

El gran movimiento de las inmigraciones, que fué consecuencia de las invasiones dóricas, tuvo, bajo muchos aspectos, dichosos resultados en la historia de la civilización griega, puesto que extendió mucho el dominio de la raza y de la lengua; toda la mitad de la cuenca del Mediterráneo se encontró así conquistada á la influencia procedente de la pequeña península helénica. ¡Cuántas ciudades de origen bárbaro se alabaron de haber tenido por origen colonias griegas; hasta los Irlandeses de nuestros días que, por orgullo nacional, se dan seriamente el nombre de Milesios! En el extranjero, lejos de las ciudades conquistadas y de los campos asolados, las diversas sub-razas en que se dividía la nación griega, Dorios, Jonios, Aqueos, Eolios, aprendían á detestarse menos, á sentirse más los hijos de la misma madre Hélade, y tuvieron lugar cruzamientos numerosos entre los descendientes de los hermanos enemistados. Así, los Dorios, que continuaron su emigración más allá de los mares, en Creta, en Rhodas, en las penínsulas del Asia Menor, hasta la Cirenaica, cesaron pronto de parecerse á los hombres de su raza, que eran los

<sup>1</sup> G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. VII, p. 293 y siguientes.



ATENAS — INTERIOR DEL TEATRO DE BACO

Cl. Bonfils.

mejores representantes del rudo genio, de los duros guerreros Espar-tanos: cambiaron con el medio. Puede juzgarse de ello por el más célebre de los Dorios, Herodoto, el glorioso hijo de Halicarnaso. En el dulce dialecto jónico escribió sus *Historias*, y hacia Atenas, como hacia la patria de su pensamiento, volvía después de sus largos viajes en las diversas partes del mundo conocido, y cuando murió, se ocupaba en fundar una colonia ateniense en la Grecia de Italia sobre el emplazamiento de la antigua Sibaris, demolida por los Crotoniatas.

Pero si la expansión de la raza helénica fué uno de los felices resultados indirectos de la invasión dórica, las consecuencias directas en los países inmediatamente afectados por ella fueron terribles é hicieron retroceder bruscamente la cultura en las poblaciones conquistadas á punta de lanza y á las que el odio al opresor reducía á la servidumbre. Los Dorios, invasores bárbaros, han hallado naturalmente historiadores, adoradores de la fuerza, que se han puesto al lado de los vencedores, precisamente porque han vencido, y siempre es útil adular á los poderosos, aun cuando hayan muerto miles de años atrás. Lo cierto es que el régimen impuesto por los Espar-



tanos fué atroz, y que el pueblo de los Iotas, de libre y culto que era antes de la conquista, se convirtió en un lamentable hacinamiento de esclavos; jamás pudo levantarse de su abyección, ni tampoco sus amos pudieron alcanzar la idea de la libertad cívica; aunque Griegos, permanecieron verdaderamente «bárbaros». Como un cuerpo extraño introducido en un organismo sano, produjeron en el mundo griego deplorables enfermedades. Puede decirse que entre todas las causas de muerte depositadas en la civilización helénica, su acción fué la más funesta.

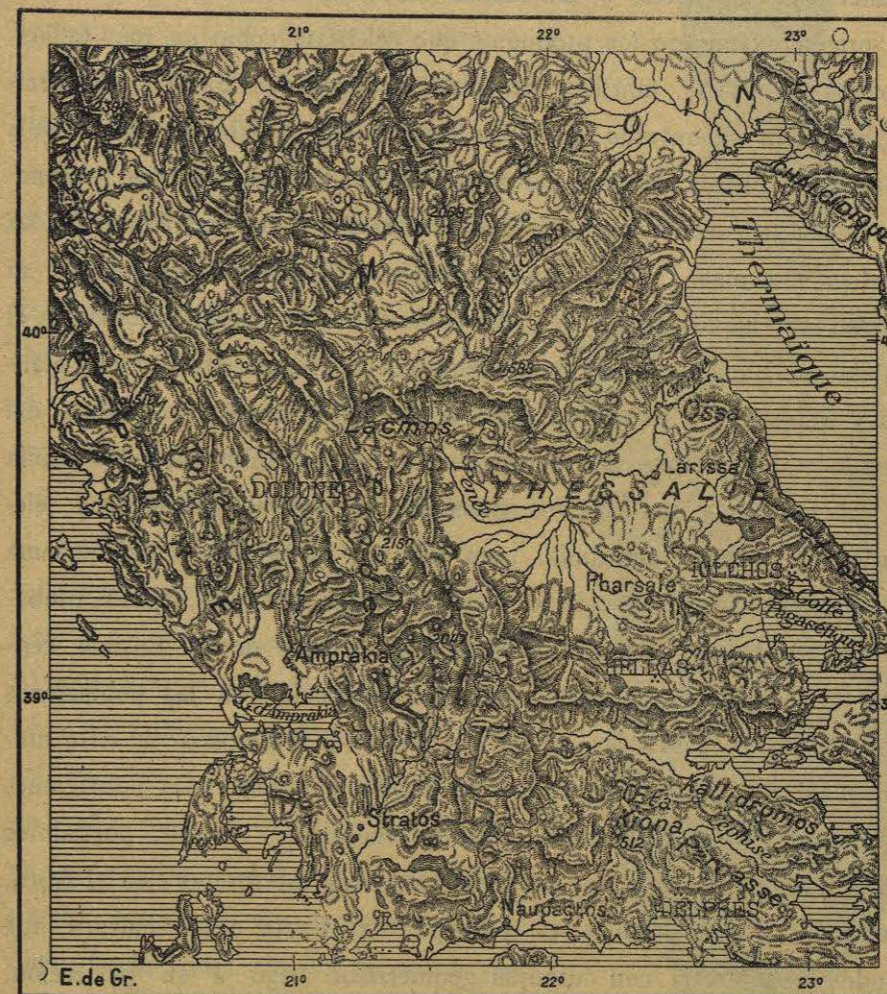
El retroceso de la Hélade se manifestó sobre todo de la manera más evidente en las comarcas del Norte, Epiro y Tesalia, que los Dorios habían atravesado por completo en su invasión triunfante. Esas regiones, que ocupaban lugar tan importante en la memoria y en la religión de los Griegos y donde se conserva en su pensamiento el sitio de los dioses, cesaron de ser consideradas como pertenecientes al mundo helénico. La fuerza de las poblaciones del Norte, respecto de toda iniciativa superior ó para todo ejemplo que seguir, se halló definitivamente agotada: durante los treinta siglos de la historia conocida, esa poética Tesalia, que dió tantos elementos preciosos á nuestro haber legendario y mítico, no tomó parte alguna apreciable en la acción de la humanidad. Hasta en las comarcas del Sud, que á pesar de todo conservaron el nombre de Grecia, la invasión dórica hizo retroceder en seguida en todas partes la cultura helénica, como lo atestiguan claramente las manifestaciones de arte. Como todos los hombres de guerra, los Dorios estaban llenos de un arrogante desprecio hacia todas las invenciones, los oficios, las obras, las ideas de las naciones cuyo territorio invadían; para nada les servían los hermosos vasos, las bellas esculturas, las joyas pacientemente grabadas. Hay retroceso incontestable en el trabajo y la riqueza, en el arte y la industria, después del período que puede designarse como «áqueo» ó «micenio», y un siglo ó dos hubieron de transcurrir antes que el progreso hubiera recobrado su curso normal<sup>1</sup>.

Por lo demás, una gran parte del mundo griego estaba todavía en la fase puramente agrícola de su desarrollo, y, cosa curiosa, los

<sup>1</sup> G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. VII, p. 277 y siguientes.

que se ocupaban de una labor diferente del cultivo, para el cual son indispensables la fuerza y la salud, se escogían regularmente entre los inválidos y achacosos: el agricultor heleno, lo mismo que en muchas comarcas el campesino francés, decidía que tal hijo raquí-

N.º 164. Grecia continental.



1: 25 000 000

0 50 100 150 Kil.

tico fuera sacerdote ó maestro de escuela y cuidaba de transmitir su tierra á herederos vigorosos y de sólida constitución: los cojos solían hacerse herreros, y por eso atribuyeron la misma invalidez á Hephaistos, su divino patrón; los ciegos, como el más ilustre de ellos, Homero el rapsoda, se hacían cantantes, danzantes, improvisadores y recitadores de versos. Incapaces de sacar su propio sustento del